



## El amor en las "Bucólicas" de Virgilio

Para algunos autores, el asunto que da unidad orgánica al conjunto de las *Bucólicas* de Virgilio es la idea del amor. De esta manera opinan, por ejemplo, Teodoro Haecker en su obra *Virgilio, padre de occidente*; W. F. Knight en su libro *Virgilio Romano*, y nuestro Francisco de P. Herrasti en el estudio que introduce el Homenaje que México dedicó a Virgilio en el segundo bimilenario de su nacimiento.

Afirma Haecker en la parte correspondiente: "Es absolutamente normal que un poeta nato, tan pronto como siente la primera conciencia... de su fuerza primitiva, es decir la fuerza de la imaginación, quiera probar inmediatamente esa fuerza y dominar con ella todo el mundo asequible a la misma. Mas sólo puede hacer esto de una manera vaga... viendo algunas cosas con clarividencia definitiva y con mayor exactitud que todos los demás; pero pasando por alto las cosas reales, rozándolas tan sólo, sin penetrar en ellas. Esta es la norma, y así sucedió con Virgilio. ¿Cuál es, pues, el mundo que corresponde a esta perfección poética y a este obrar fluctuante? Es el mundo de Eros. *Amor vincit omnia*, canta la última *Égloga*, y éstas son las palabras finales de las *Bucólicas*. Todo lo vence el amor... Se trata... del poder de Eros entre los hombres, entre estos pastores cuyas pasiones se desarrollan aún *more ferae*, semejantes a las de las fieras, sin la moral, sin el matrimonio... sin la fidelidad, aunque no sin el pesar." Y reafirma un poco más adelante: "Así, en las *Bucólicas*, primera obra de Virgilio, a pesar de que comienzan con un acento trágico, nacido de la Historia y de la Política, del recuerdo de las guerras civiles y de sus consecuencias, se canta el mundo de Eros ahistórico y apolítico... Eros participa en la constitución del hombre, es un motivo fundamental en el cual se apoyarán más tarde tanto el labriego como los caudillos. *Amor vincit omnia*: es el lema de las *Bucólicas*; Eros es vencedor."

Por su parte, Knight dice que "Las *Églogas* son eróticas, y su tensión está puesta principalmente en el amor insatisfecho y en la nostalgia del amor y en el amable campo", y repite a Haecker, y asienta que "la divisa de las *Eglogas* es *Omnia vincit Amor*". Por último, Herrasti, también con fundamento en la expresión *Omnia vincit Amor*, llega al extremo de concluir que en las *Bucólicas* está "el grande elogio y triunfo universal del amor".

En contra de esa interpretación, diversos autores modernos, entre quien se podría citar a Otis y a Paratore, ven el amor que aparece en las *Bucólicas* como un signo de valor negativo. Citaré en primer lugar algunos pasajes del Virgilio de Héctor Paratore definidos en el sentido mencionado, ya que la exposición de este problema no se encuentra expuesta en un sólo lugar de su obra. "Veremos, dice —y allí están la *Égloga VI* y las *Geórgicas* para demostrarlo—, que él, en su sentimentalidad de enamorado de la naturaleza y en la concomitante fidelidad a los ideales epicúreos, mirará a menudo el amor como el *pathos* más ruinoso para el alma

del *sapiens*; y a eso quizá no sea extraña la experiencia lucreciana, si es verdad lo que de Lucrecio ha referido San Jerónimo. Pero también esto acaba por confirmar que la pasión amorosa no ha sido nunca determinante para la orientación de su sensibilidad y de su poesía. En él, el amor tiene una parte conspicua, pero como peligro, como un mal del cual es conveniente mantenerse lejano." En otro sitio, al estudiar los versos 23-25 de la *Égloga IX*, los que dicen: "Tí tiro, mientras vuelvo, breve es la vía, apacienta las cabras, y, pacidas, a beber llévalas; y mientras lo haces, oh Tí tiro, de enfrentar al cabrío (hiere él con el cuerno) resguárdate", nos señala la que "debemos notar la acostumbrada presencia del elemento amenazador (el cabrío lascivo que topa) el cual insidia la inocencia feliz del pastorcito. El cuadrado... teocriteo, así asilado por Virgilio, se entrega unido, coherente, cerrado en sí a la perfección; con base en este procedimiento aislante, se transforma, asume un nuevo carácter, se colma de un nuevo misterioso significado: el cabrío lascivo... se carga de un significado simbólico, y es elevado a imagen, entre otras muchas, de la pasión disolvente que perennemente insidia el ideal de paz." Y todavía en otro lugar llega a las siguientes conclusiones, susceptibles de relacionarse con el asunto que nos ocupa: "Al lado del *malor civile*, otra pasión devorante e inevitable persigue al corazón humano: la pasión amorosa. Aquel amor que hasta aquí —se refiere a la *Égloga VIII*— se había aparecido a Virgilio como juego inocente, como amena variación de aquel mundo suyo edénico contrapuesto a los horrores sanguinarios de la borrascosa vida romana, ahora se le representa como uno de los engaños más frecuentes y más maléficos de aquella misma vida. Y esto, repito, también si, como verdadero motivo inspirador, el amor no ha tenido parte conspicua en la obra virgiliana, con excepción del libro de Dido. No bien se aventura entre la sequedad de la vida de la ciudad, este sentimiento se corrompe entre sus alientos pestíferos, y llega a ser locura y sufrimiento inhumano."

Al exponer su juicio acerca de las *Bucólicas*, Brooks Otis, en su obra *Virgilio, un estudio acerca de poesía culta*, va continuamente emitiendo opiniones a propósito de la concepción del amor que en ellas se manifiesta. Y considera los efectos que la pasión de amor produce en quien la padece. Así, al hablar del amor de Damón en la *Égloga VIII*, dice: "El ahora sabe lo que una mujer puede hacer del amor, y ahora ve que Nisa (su amada)... en ningún sentido está libre de culpa por obedecer a tan perverso maestro (el amor)... El ahora, finalmente, ve el verdadero trastorno del mundo, viendo cómo ha sido invertida su propia concepción del amor y de Nisa." "El amante ha sido, desde el principio, arrastrado por un error perverso: (el amor), y padece por "el terrible conocimiento presente del amor", y "el suicidio (le) parece la sola posibilidad." Refiriéndose a la *Égloga II*, Otis hace notar cómo el pastor Coridón "Es aislado tanto de hombres como de bestias por su pasión"; y "él mismo ha sucumbido a una pasión que es tan destruc-

tora de sus propias flores y brotes campestres como el ardiente siroco o el salvaje jabalí”, y que “la mera afirmación del hecho (de amar). . muestra su locura: ‘Ah Coridón, Coridón, ¿qué demencia te ha poseído?’”. Nuevamente mira Otis la negatividad del amor, cuando, al tocar el tema en la *Égloga VII*, habla de “Las metamorfosis que representan plenamente el *criminal amor*”, y al hacer lo mismo en la *Égloga X*, se refiere al amor indigno y al cruel amor. Y, por fin, concluye que “El centro de la real devoción (de Virgilio), el objeto de su verdadero instinto poético no es el Amor y su servicio, sino la nueva *Romanitas* representada por Octaviano, el nuevo espíritu puesto al trabajo en el mundo bajo la estrella del deificado César, y el real *praesens deus*, el joven divino de la *Égloga I*”.

Pero pienso que la sola manera leal y efectiva de llegar a conocer y a comprender el sentido que para el Virgilio de las *Bucólicas* adquiere la idea del amor, es seguir el único procedimiento indiscutiblemente válido que existe para poder interpretar un texto poético; es, a saber, la lectura directa y cuidadosa de sus propias palabras, exclusivo punto de partida que puede apuntar a una conclusión efectivamente certera.

Tres de las *Églogas* se ocupan de manera casi total con el problema de la pasión amorosa; son la II, la VIII y la X. Pero aparte de lo en ellas consignado, y que trataré de exponer más adelante, es posible encontrar, casi en todas las otras expresiones referentes al amor y a sus consecuencias. Tal vez sea conveniente ir buscando tales expresiones en las *Eglogas*, consideradas en el orden en que son conocidas, dejando para el final la lectura completa de las tres arriba enumeradas.

En la *Égloga I*, que, a mi modo de pensar, guarda en sí el asunto que, desarrollado en el conjunto de las demás, unifica estos poemas de manera orgánica, hay una referencia fundamental. Dice Títilo, al dar respuesta a una pregunta formulada por Melibeo: “Porque —he de confesarlo pues— mientras Galatea me tuvo, ni esperanza de libertad había, ni afán de peculio.” (32-33). Y en esa respuesta encontramos la síntesis de los daños que para el ser humano involucra la pasión amorosa. Cargado de cadenas está el hombre, limitado en lo exterior y en lo interior por injusticias que lo esclavizan; entre aquellas que lo impiden interiormente, está la injusticia opresora del amor. “Mientras Galatea me tuvo”, confiesa Títilo; y hay que reconocer que está haciendo mención de su propio amor, que lo sujetaba a las leyes arbitrarias de su dependencia con relación a Galatea, “ni esperanza de libertad había, ni afán de peculio”. Es decir, que el amor, con su sola existencia, le impedía, en primer término, la esperanza misma, la posibilidad de ser libre de acuerdo con su naturaleza de hombre que participa de la naturaleza universal. Y todavía más: es bien sabido que el peculio, dinero ahorrado por los esclavos y cuyo disfrute era permitido por los amos, podía ser empleado por aquéllos para redimirse a sí



ca  
a  
II  
ca  
ce  
ta  
pr  
ce  
ar  
mu  
se  
aln  
qu  
to  
ten  
ha  
res.  
los  
me  
pro  
ma  
Am  
ama  
frus  
rapa  
los  
vien  
amo  
en t

mismos de la esclavitud y comprar su condición de libertos. Por consiguiente, el amor no sólo privaba a Tí tiro de su esperanza de ser libre, sino que también alejaba de él el impulso de trabajar a fin de alcanzar por sí mismo lo necesario para serlo.

Es decir, que el amor arrebató al hombre tanto la esperanza de la libertad como el deseo de combatir por alcanzarla.

Hay, en la misma *Égloga I*, otra referencia en el mismo sentido, aunque de importancia secundaria. Después que Tí tiro ha contado que dejó a Amarilis para dirigirse a Roma y obtener allí su libertad, exclama Melibeo: "Me admiraba, Amarilis, que afligida a los dioses llamaras; por quién dejabas que en su árbol pendieran las frutas." (37-38). Vemos aquí cómo el amor aflige a quien lo siente, y hace que, sea para hacer una ofrenda a los dioses, sea por no tener la fuerza para recogerla, la amante no realice el trabajo de la cosecha, y, esclavizada por una u otra causa, se abstenga de su actitud de colaboración con la naturaleza.

Por lo que antes expuse, haré más tarde la lectura de la *Égloga II*.

Para mejor entender lo que en la III se afirma del amor, creo conveniente ir en primer lugar a lo dicho en sus últimos versos. Ha habido un certamen de canto entre dos pastores, Dametas y Menalcas, y un tercer pastor, Palemón, ha fungido de juez. Terminado el certamen, Palemón dice a los contendientes: "No es nuestro ajustar entre vosotros querellas tan grandes. / Tanto eres tú digno del premio de la ternera como éste, o cualquiera / que o tema los dulces o pruebe los amargos amores." (108-110). De amores dulces o amargos, los pastores han cantado. Y Palemón, en su juicio, les muestra que los dulces son tan temibles como amargos son los que se han experimentado. Y la aparente dulzura es tan enemiga del alma como la amargura que después se prueba. Porque es verdad que el amor, ese mal de quien, cuando comienza, se espera siempre todo el bien, aparece dulce al principio; pero su suavidad debe ser temible, puesto que prepara y llama a la aspereza que, fatalmente, ha de padecerse más tarde.

Pero oigamos algo de amor que aparece en el cantar de los pastores. Fuera de diversas expresiones amorosas, que se explican con los dichos de Palemón que arriba reproduje, hay algunos especialmente adecuados a lo que intento exponer. Dice Dametas, que ha probado los amores amargos: "Es tristeza, a establos, el lobo; a maduras mieses, las lluvias: / los vientos, al árbol: a nosotros, de Amarilis las iras." (80-81). Así, las iras de la amada contra el amante se presentan en todo su impulso destructor. El amante es frustrado en su plenitud de hombre como lo son el establo por la rapacidad hambrienta del lobo; las colmadas espigas por la ruina de los aguaceros, y los altos árboles por la arrebatada potencia del viento. Por su parte, Menalcas, deseoso y cautivo del deseo de los amores dulces, había tenido que admitir: "¿Qué aprovecha que tú en tu ánimo no me desprecies, Amintas, / si mientras tú sigues los



jabalíes yo guardo las redes?" (74-75). En este caso, a pesar de que existe la buena voluntad por parte del objeto del amor, el sujeto de éste se mira también frustrado en su libre voluntad. Pues da en la cuenta de que la diferencia invencible entre ambos, los ha de tener separados por mucho que pretendan estar unidos. Y el dulce amor presente presagia ya al amargo amor en que sin remedio habrá de convertirse, siempre demasiado pronto. Como último ejemplo en esta *Egloga*, citaré aquellos versos entonados por Dámetas: "¡Ay, ay! ¡Qué flaco tengo un toro en el yervo abundante! / El mismo amor es ruina al rebaño y al mayoral del rebaño." (100-101). De la misma suerte que el amor instintivo de la bestia impide que el toro crezca y se perfeccione, no obstante la riqueza del prado en que debería apacentarse, el sentimiento del pastor lo aparta de su propia realización, y lo obliga a reconocer que el amor que lo aprisiona es el mismo que determina al animal, y que tanto el pastor como el toro son arruinados por él. Y creo que es lícito acentuar este aspecto, que habremos de ver ratificado en otros pasajes: el amor viene a igualar al hombre con las bestias, al privarlo de sus libres disposiciones morales. El amor no humaniza a la bestia, sino, por el contrario, bestializa al ser humano, esclavizándolo y envileciéndolo.

No se encuentra en las *Églogas IV* y *V*, nada con respecto a la pasión amorosa. Pero en la *VI* se presentan de nuevo las condenaciones para ésta, principalmente en el lugar en donde se alude al amor monstruoso de Pasifae por un toro: "Y, afortunada si nunca hubiera habido boyadas, / a Pasifae consuela en su amor por un níveo temero. / ¡Ah, virgen infeliz, qué demencia te ha poseído!" Antes de la última exclamación, que iguala del todo el amor a la locura, y que está también en la *Egloga II*, encontramos otra vez a la persona humana bestializada por la pasión amorosa. Afortunada hubiera sido Pasifae si nunca existieran bestias de las cuales enamorarse. Pero ahora, por el amor de un toro, vaga como una novilla en brama, por los lugares recorridos por las vacas, anhelosa del torpe concúbito con la bestia que, a su vez, o rumia indolente las hierbas, o, presa del amor, persigue a alguna vaca de un enorme rebaño.

De la *Égloga VII* tomaré dos pasajes que, si bien de ser mirados aisladamente podría juzgarse que carecen de determinado sentido, vistos en el conjunto revelan la misma concepción que hemos visto en los ejemplos anteriores, y que hace resaltar las cualidades destructivas del amor. En estos pasajes se advierte cómo el amor viene a trastocar el orden de la naturaleza, alterando la jerarquía de las cosas establecidas por ella.

Canta Coridón: "Gratísimo el olmo al Alcida; a Yaco, la vid; / el mirto, a Venus hermosa; a Febo, su lauro. / Ama los avellanos Filis. Mientras Filis los ame, / ni el mirto vencerá a los avellanos, ni el lauro de Febo." (61-64.) Y contesta Tirsis: "Bellísimo el fresno en las selvas; en los huertos, el pino; / en los ríos el álamo, el

abeto en las altas montañas. / Pero si, hermoso Lícidas, vuelves más a menudo a mirarme, / te ceda el fresno en las selvas; en los huertos, el pino." (65-69.) Me parece innecesario insistir en la idea: el amor nubla el entendimiento del amante, y lo hace pretender salirse de lo que la ley de la naturaleza dispone.

Dejando para más tarde lo que respecta a la *Égloga VIII*, pasaré a la siguiente, donde me limitaré a repetir el análisis finísimo que Paratore hace de los versos 23-25: "Tíiro, mientras vuelvo, breve es la vía, / apacienta las cabras, / y, pacidas, a beber llévalas; y mientras lo haces oh Tíiro, / de enfrentar al cabrío (hiere él con el cuerno) resguárdate."

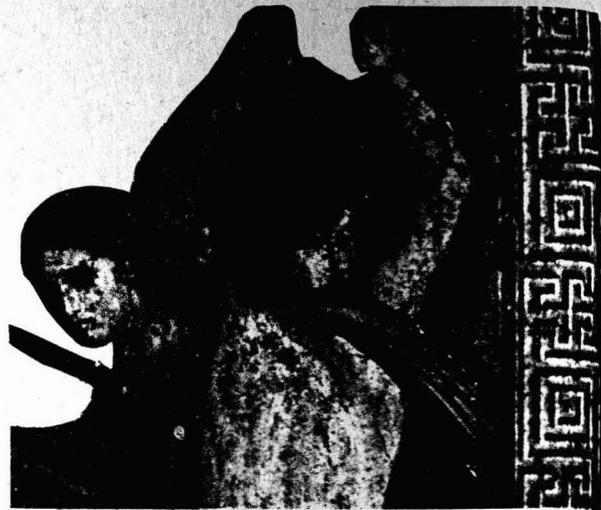
Recuérdese cómo el filólogo italiano encuentra en estas imágenes la oposición entre el orden de la naturaleza y el caos invocado por la pasión; el primero está representando por el pastorcillo que alimenta su rebaño en las horas tranquilas; que lo apacienta y luego lo lleva a beber al riachuelo; contrariamente, el macho cabrío simboliza la pasión amorosa, el desorden que es preciso evitar, si es que se requiere mantener el libre ejercicio de las facultades verdaderamente propias del hombre.

Y ha llegado ya el punto de considerar las *Églogas* que más directamente tocan el tema del amor y sus efectos aniquilantes. Son la *II*, la *VIII* y la *X*.

Podemos ver ya, de acuerdo con los ejemplos aducidos, cuáles son los daños que cabe esperar del amor. En primer término, la pérdida de la esperanza de la libertad y del deseo de adquirir la posibilidad de alcanzarla; de allí se derivan los demás: el temor y la amargura, el apartamiento de la naturaleza, la destrucción del hombre, su abatimiento hasta hacerlo llegar al nivel de la bestia.

La *Égloga II* narra la pasión desventurada que Coridón el pastor siente por el joven Alexis, y reproduce los lamentos del mismo, cuando se descubre incapaz de conseguir que el objeto de sus sufrimientos le corresponda. Como es bien sabido, en esta *Égloga* desarrolla Virgilio una especie de concordancia entre las voces de dos temas contrapuestos: por una parte, el esplendor pacífico de la naturaleza en su plenitud; por la otra, las sombras aborrecidas del alma del hombre carcomida por una pasión injustificable. El hombre, a solas, se queja de su infortunio entre la fecunda riqueza de un mediodía de sol que viaja hacia una tarde tranquila. Sobre el fondo de un paisaje donde la luz es casi lumbre; donde la vida se manifiesta en todo, desde en el chirrido de los insectos escondidos, hasta en el vuelo impetuoso del sol, resalta melancólicamente el llanto del amor estéril, trasminado por los pesares de una lujuria insidiosa y triste, obcecada por su propio desencanto.

Entre los mayores poetas, es ilustre Virgilio como descriptor de paisajes. Dueño de los núcleos esenciales, le bastan elementos simplísimos para depositar en los ojos espirituales del lector los conjuntos más variados. En esta *Égloga*, acaso la primera que escribió, enseña ya su maestría. Dentro de la gravedad de un mediodía del



Mediterráneo, durante el tiempo caluroso del año, ocurre la escena. Pesa el sol como de piedra, y las bestias y las bestezuelas, agobiadas, se aquietan buscando la ilusión de la frescura en rincones sombríos. El aire inmovilizado por el bochorno, provoca la agitación sonora del chirrido de las cigarras. Dan su olor las flores mezcladas, y el mirto y los laureles, y se deja sentir también el aroma penetrante de los ajos y el sérpol, molidos juntos para disponer la comida de los segadores. Y en el momento de la puesta del sol, cuando sus rayos horizontales duplican el largo de las sombras; a la hora en que los novillos regresan de su labor, llevando los arados suspendidos del cuello, una silenciosa y plácida paz se derrama desde el alma de las cosas, y desde el fondo de todo cuanto vive asciendo y se manifiesta un luminoso deseo de liberación. Sobre este

fondo de la naturaleza, repito, se entristecen las quejas del pastor desdeñado. Veamos los versos en donde aparecen más claramente expresadas las desventuras de su esclavizante sentimiento. Empieza el poema: "Al hermoso Alexis, delicia de su dueño, amaba / el pastor Coridón, y qué cosa esperar no tenía." (1-2.) En el segundo verso se enuncia ya la dolorosa verdad: nada que esperar tiene el que ama, si no temores y deseos sin esperanza de cumplimiento. Inútil es el afán del amante, su pasión es inútil, como lo dice el mismo Virgilio en las líneas que siguen: "Tan sólo entre densas hayas, umbrosas alturas, / de continuo venía. Allí estas mal medidas quejas, a solas / a los montes y selvas, con pasión inútil lanzaba." (3-5.)

Sabiendo que nada le es posible esperar, que su amor es trabajo





sin objeto, el amante ve a la muerte como la única desembocadura de su pesar, y exclama, dirigiéndose al amado: "Harás, por fin, que yo muera." (7.) Y, recuerda que en otro tiempo ha amado ya, y pretende convertir en feliz la memoria de esos amores. Pero pese a todo cuanto hace con ese fin, tiene que admitir que en ellos lo único que encontró fueron iras y desdenes, que, acaso solamente porque sabe que han terminado ya, le parecen menos graves que los que actualmente le someten, obligándolo a padecer. Se pregunta: "¿No fue mejor sufrir las iras de Amarilida tristes / y los soberbios desdenes?" (14-15.) Siervo de la pasión, entonces como ahora, no alcanza a comprender que su sola salvación estribaría en el ejercicio de su libertad interior, para resistir al mal que lo limita. Sabe que, por sus dones materiales y espirituales, esto es, su riqueza en rebaños y en lo que éstos producen, su habilidad para hacer música, su visible belleza física, podría ser amado, y le dice a Alexis, sin embargo: "Te soy despreciado y no preguntas quién sea." (19.) Y después, al percatarse de la esterilidad de sus afanes, prorrumpe en exclamaciones reveladoras: invocar al amor es tan destructivo y envilecedor para el alma, como echar el viento sobre las flores o llevar los jabalíes a que manchen las fuentes. Y, al saberlo, se pregunta Coridón: "¿Qué quise para mí, desdichado?" (58.) Y en la respuesta que él mismo se da, encuentra la certidumbre de su propia ruina. Y profundiza en su amarga meditación, y cae en la cuenta de que el amor lo ha llevado a comportarse, conducido por su deseo de placer, de igual modo que se comportan las bestias: "Sigue al lobo la torva leona; el lobo mismo, a la cabra; / al florido citiso sigue la alegre cabrita; / a ti Coridón, oh Alexis. A cada uno su placer lo arrebatara." (63-65.) Como la leona o el lobo o la cabra, es el hombre cuando se ve arrastrado por el amor. Y el amante, comprando su agitación con la serenidad de la naturaleza, quisiera ser como ésta, y, al no conseguirlo, reflexiona: "No obstante, el amor me abrasa." (68.) Y acaso piensa en la muerte en el momento de preguntarse: "Pues al amor, ¿qué término habría?" (*Ibid.*) Tristemente, desesperadamente, apartado de su naturaleza, destruyéndose sin remedio, dejándose arrastrar como un animal tras su propio placer, se mira a sí mismo como privado de la razón, y se dice: "Ah, Coridón, Coridón, qué demencia te ha poseído!" (69.) Vuelve allí los ojos a lo que en el mundo lo rodea, y se propone enmendar sus yerros, tratando de incorporarse a la naturaleza por medio del trabajo, y venir de ese modo a recuperar su condición de hombre: "¿Por qué antes bien —se pregunta entonces— no dispones tejer con mimbres y junco / flexible, una cosa a lo menos de las que el uso requiere?" (71-72.) Pero todo ha de ser inútil. El último verso de la *Égloga* define cruelmente la actitud irremediable del pastor, quien, imposibilitado para renunciar a su locura, únicamente aspira a cambiar por otro el objeto del amor; es decir, la causa de su desdicha; el amante da fin a su queja, afirmándose en su delirio: "Encontrarás, si éste te desdeña,

otro Alexis." (73.) Hasta aquí, la *Égloga II*.

Otra *Egloga* que se refiere particularmente a la pasión amorosa, es la VIII. Está compuesta en su parte principal de dos secciones, referente cada una de ellas a una situación distinta frente a esa pasión por parte de dos seres que la sufren.

El primero de ellos es el pastor Damón, que en una serie de estrofas divididas por un estribillo que dice: "Empieza conmigo, flauta mía, versos menalios", cuenta los extremos dolorosos a que lo ha conducido su inclinación hacia Nisa, quien lo ha traicionado por Mopso, otro pastor, y lo ha puesto en tal estado de desamparo, que para él no queda más puerta de salida que la abierta inminentemente por la muerte.

Aparece aquí de nuevo, desde el principio, el contraste entre la perfección apacible de la naturaleza y el torturado movimiento interior del hombre a quien la pasión esclaviza, infundiéndole el deseo de morir.

Comienza el canto de Damón: "Surge, lucero, y, precediéndolo, al almo día conduce, / mientras, engañado por el indigno amor de Nisa la novia, / me quejo, y a los dioses (aunque nada, con ellos testigos, / adelanté) hablo no obstante, en la hora extrema, muriendo." (17-20.) Los versos describen, inicialmente, la hora en donde se lamenta el pastor: es la del alba, anunciadora del resurgimiento juvenil de la vida; raya el día, y el cantor califica a éste con un adjetivo: "almo", cargado de significaciones alentadoras; en efecto, "almo" es lo que alimenta, lo que presta vida o sustento, lo que repara, lo que consuela, aquello que produce la templanza y el bien. En breve, lo que reúne las cualidades positivas de la naturaleza. Y a continuación, el engañado amante vuelve a su pasión, y habla del amor, y también lo define atribuyéndole, de manera contrastante, la cualidad de "indigno"; esto es, ruin, vil, sin mérito, cruel, detestable, lo que atrae la reprobación; en pocas palabras, aquello que congrega los elementos negativos del alma humana. Sigue la afirmación epicúrea de la indiferencia de los dioses ante las desdichas de los hombres, de la inutilidad de invocarlos y, frente a ella, la sola consideración que resta: la hora primera de la santidad universal del día, es la última hora para el espíritu trastornado del hombre, a quien el amor hace morir. Puede afirmarse que en estos cuatro versos están sintetizados los asuntos que los subsiguientes del canto de Damón no harán más que extender y explicar. Pero tal explicación es hecha de tal manera que constituye una de las partes maestras en las obras de Virgilio. Así, la oposición violenta, tan suavemente planteada, entre la naturaleza tal como es en sí y tal como la ponen las funestas necesidades impuestas por el amor. Canta Damón: "Sonoro el bosque y parladores los pinos, el Menalo / siempre tiene." (22-23.) Y su imagen apacible y viva se ve realzada en su paz por la confusión que en ella ocasiona el amor: "¿Nisa se da a Mopso! ¿Qué no esperaremos, amantes? / Ya grifos se unirán a caballos, y en la edad que

prosa,  
iones,  
a esa  
ie de  
nigo,  
i que  
nado  
mpa-  
inmi-  
re la  
ento  
le el  
lolo,  
r de  
ellos  
mu-  
en  
sur-  
este  
; en  
ato,  
a y  
atu-  
t, y  
on-  
ito,  
ras,  
na,  
nte  
en-  
la  
or-  
ue  
si-  
li-  
ye  
si-  
al  
n-  
o-  
n  
n  
e-  
ie



se siga / con los perros vendrán a los vasos los tímidos ciervos.” (26-28.)

Hay una parte de esta *Égloga VIII* cuya lectura me ha hecho conocer en cierta forma los mecanismos de la vida: es aquella donde se cuenta cómo el pastor, siendo niño, y no sabiendo, por eso mismo, que los dulces amores son temibles, se entrega a ellos del todo, sin imaginar las tormentas de amargura donde se internará al hacerlo. Ya destrozado, ya a punto de acabar, recuerda tristemente, y, al recordar, la voz se le enternece y se le endulza: “En nuestros cercados, de niña, las manzanas rociadas / (era yo vuestro guía) con mi madre te vi recogiendo; desde el undécimo, otro año me había ya entonces tomado: / ya tocar desde tierra podía los frágiles ramos.” (37-40.) Esta imagen transparente en la memoria de Damón, siempre ha tenido la virtud de traer a la mía las clarísimas imágenes de Beatriz Portinari y de Gilberta Swann, con todo su cortejo de recuperada juventud y de nostalgia desolada. Pero Damón, que está muy lejos ya de ser el niño de doce años que entonces creyó descubrir la felicidad y más lejos todavía de concebir el amor iluminado de Dante, acusa a su infantil recuerdo de Nisa: “Como vi, ¿cómo perezí, cómo el mal error me distrajo.” (41.) Porque ya sabe que el amor es sólo motivo de perecimiento, perverso error que arrastra hacia la propia destrucción. Y así lo establece su canto en seguida, al admitir que el amor nada tiene que ver con la especie humana, y al exclamar con irreprimible dolor: “Hoy sé lo que Amor sea.” (43.) Y vuelve a reflexionar sobre los efectos rigurosos de esta pasión, y las desviaciones que impone al orden natural; primero, en el interior del ser humano; después, en las manifestaciones del mundo externo. Entonces piensa en Medea, cuando por la furia que la encadenaba a Jasón, degolló con sus manos a los hijos que de él había tenido, y afirma: “Amor; perverso, enseñó a la madre a mancharse las manos / con sangre de sus hijos” (47-48), con que da al amor la característica de ser maestro del crimen, enseñador de la maldad, y lo llama cruel y perverso, y lo juzga otra vez inhumano; luego se vuelve a las cosas exteriores y echa de ver su trastocarse: “Huya hoy de grado a las ovejas el lobo; áureas manzanas / críen las duras encinas; con narciso el alno florezca; por sus cortezas, los tamariscos suden ámbaros pingües; / luchen también con los cisnes los búhos.” (52-55.) Y termina pidiendo que la obra de aniquilación se consume, y que el mar se desborde y lo cubra todo con sus aguas amargas, mientras él, empujado al suicidio, se despide de las selvas que amó y se precipita en las ondas, entregando su vida como don extremo: “Que aun el medio mar todas las cosas se vuelva. / Desde la altura del monte aéreo, de cabeza en las ondas / me arrojaré: ten este último don del que muere.” (58-60.) Y el estribillo, donde había pedido a su flauta que empezara los versos, cambia en este lugar, y concluye: “Deja; ya deja, flauta, los versos menalios.” (61.) Esto es lo que dijo Damón; otro pastor, Alfesi-

beo, ha de hablar en la segunda parte del poema, y lo hará fingiendo las palabras de una hechicera que intenta, por medio de conjuros mágicos, hacer que el amado rinda su libertad y se entregue sometido a la esclavitud insensata en que ella misma está enturbiada y perdida.

También aquí propone el tema en el principio del canto cuyas estrofas son separadas asimismo por un estribillo. Dice así el comienzo: "Saca el agua, y estos altares ciñe con cinta flexible, / y verbenas pingües e incensos machos enciende, para que turbar con ritos mágicos los sanos sentidos / de mi amante, procure. Nada, sino el conjuro, aquí falta." (64-67.) Y aparece por primera vez el estribillo que más arriba anuncié: "Traed de la urbe a casa; traed, mis conjuros, a Dafnis." (68.) Así pues, se trata de producir el amor por medio del empleo de ceremonias y fórmulas mágicas. Y se sabe que el amor no sólo se fundará, sino también que consistirá en una turbación de la saludable disposición de los sentidos de su presunta víctima. El amor, ya lo hemos visto en los casos de Coridón y Pasifae, es no más que una terrible e incurable demencia. En este lugar, será provocado por conjuros aptos para invertir —es de notarse cómo Virgilio insiste siempre en tal aspecto que da carácter al amor— para invertir, repito, el orden natural del hombre y de su mundo: "Los conjuros pueden aun del cielo bajar a la luna; con cantos, Circe mudó a los compañeros de Ulises; / cantando, a la fría sierpe se rompe en los prados." (69-71.) Algunos renglones más adelante, se dice cómo el amor es un lazo que se anuda para suprimir la libertad del amante: "Los tres colores con tres nudos ata, Amarilis; / ata Amarilis, ahora, y ato —dí— los lazos de Venus." (77-78.) Y al punto se definen los resultados pretendidos con esa supresión de libertad, con el sobredicho apoderamiento del amante: "Como este limo se endurece y como se licua esta cera / con uno y el mismo fuego, así con el amor nuestro, Dafnis." (80-81.) Con todo, no es solamente esa docilidad al fuego del amor lo que se busca, sino —otra vez— el descenso de la fuerza espiritual del hombre hacia la mecanicidad puramente instintiva de la bestia: "Tal amor a Dafnis, como cuando la fatigada vaquilla / buscando al novillo por bosques y sotos profundos, junto a la corriente del agua en la verde ova se tiende / perdida, y no se acuerda de volver a la noche tardía, / tal amor lo tenga, y no sea mi cuidado sanarlo." (85-89.) Olvidado de sí habrá de ir el hombre, y sin esperanza de alivio por parte del ser a quien debe su enfermedad. Y todavía se hace hincapié en la tendencia del amor a contravenir las leyes naturales: "Con estos (venenos) yo, a menudo, hacerse lobo y meterse en las selvas / vi a Meris; a menudo, sacar almas de profundos sepulcros, / y trasladar a otra parte las mieses sembradas." (97-99.) Y cerca del final, vencida ya la libre voluntad del amado, vuelve a identificarse el amor con la locura, con el sueño inasible, y se pregunta el que canta: "¿Lo creemos? ¿Qué, los que aman, sueños ellos mismos se fingen?" (108.) Y el



est  
sac  
liza  
Buc  
Eg  
Lic  
Mir  
cam  
su p  
te d  
yenc  
por  
(69.)  
tar s  
ca el  
El  
del a  
la co  
con l  
trasta  
del te  
Lo  
ma, d  
nes /  
y en  
rencia  
ral, si  
ninfas  
tura h  
VIII,  
este lu  
tes. Pa  
darida  
miento  
"Por é  
bajo u  
del gél  
inanim  
turaez  
compa  
no..."  
ros; /  
dónde  
hego d  
xima a  
Apolo,  
cando,

estribillo cambia, y la alegría de la conjurante se manifiesta: "Cesad; ya cesad, conjuros: Dafnis viene de la urbe." (109.) Para finalizar esta revisión de la manera como Virgilio juzga del amor en las *Bucólicas*, no queda más ahora que la lectura de los pasajes de la *Egloga X* que se ocupan del mencionado asunto.

Trata la *Egloga* de los pesares que padece Galo por amor de Licoris, quien lo ha reducido a un mísero estado de abandono. Mirándolo tal, la naturaleza, las bestias, los pastores, los disoses campestres, se le acercan compadecidos para exhortarlo a que deje su pasión. Los escucha Galo, e imagina que, si se diera a otra suerte de afanes, podría derrotar los que el amor le impone; pero cayendo por último en la cuenta de su incapacidad para eso, termina por confesar: "Todo lo vence Amor, y a Amor cedamos nosotros." (69.) De esta expresión se han valido principalmente, para sustentar su tesis, los autores que estiman al amor como sujeto que unifica el conjunto poético de las *Bucólicas*.

En esta última *Egloga*, Virgilio corrobora los juicios que acerca del amor ha expuesto en las anteriores. Vuelve a poner de relieve la contraposición entre la naturaleza y el amor, y a identificar éste con la muerte y la locura, y llega a atribuirle la cualidad de incontestable. Seguidamente procuraré probarlo valiéndose de la lectura del texto.

Los versos que siguen inmediatamente a la dedicatoria del poema, dicen así: "¿Qué bosques o qué cañadas os tuvieron, oh vírgenes / náyades, cuando Galo por un indigno amor perecía?" (9-10), y en ellos está expresada la contraposición a que antes hice referencia: por una parte, la plenitud pacífica y libre del mundo natural, simbolizado aquí por los bosques y las cañadas, morada de las ninfas; por otra, el alma de Galo ocupada por un amor que lo tortura hasta hacerlo morir; y nótese que otra vez, como en la *Egloga VIII*, el amor es llamado "indigno". Pero el contraste señalado en este lugar, va a agudizarse y a ser alumbrado en las partes siguientes. Para empezar, la actitud de la naturaleza es de completa solidaridad con Galo, a quien ella se esfuerza por libertar de sus sufrimientos; así lo expone explícitamente el poeta en estas palabras: "Por él (Galo), aun los lauros, aun los tamarices lloraron; / por él, bajo un peñasco solo yacente, aun el pinífero / Ménalo y las rocas del gélido Liceo lloraron." (13-15). Esto, en cuanto a la naturaleza inanimada, es decir, árboles y montes y rocas; pero además, la naturaleza animada, simbolizada en ovejas y pastores, siente la misma compasión. Sigue diciendo Virgilio: "Y están las ovejas en torno..." (16) y "vino el pastor también, vinieron los tardos porqueros; / húmedo vino de hiberniza bellota Menalcas. / Todos: '¿De dónde a ti este amor?', preguntan." (19-21). Y no es eso todo; luego de las partes animada e inanimada de la naturaleza, se aproxima asimismo su parte divina, representada en primer lugar, por Apolo, quien: "Galo, ¿por qué enloqueces? dice" (21-22), indicando, por lo demás, que el amor es una suerte de locura, y, en



segundo término, por Pan, símbolo de la naturaleza en su totalidad, quien va a definir las diferencias entre ésta y el amor. Prosi- que la *Egloga*. "Pan, dios de la Arcadia, vino, a quien vimos nosotros / rojeante con bayas sanguíneas de sauco y con minio. / '¿Habrá algún término?', dice; 'Amor de tales cosas no cuida; ni el cruel Amor de lágrimas, ni se hartan las gramas de ríos, / ni de citiso las abejas, ni las cabritas de fronda.'" (26-30). De esta manera, la contraposición de la naturaleza y el amor ha quedado totalmente establecida: en tanto que la naturaleza quiere salvar al hombre del dolor y la esclavitud, el amor no solamente admite la presencia de esos males, sino que los fomenta e incluso vive de ellos, como las hierbas viven del agua y las abejas de las flores y las cabras de hojas tiernas. El alimento del amor es el padecimiento injusto de los hombres.

Lo que de la pasión amorosa afirma la *Egloga X* en su parte restante, no hace más que insistir sobre los puntos hasta aquí indicados. El amor y la locura se igualan en algunas ocasiones más, como en estos dichos de Galo: "Ciertamente, ya a Filis, ya a Amintas hubiera tenido, / o a cualquiera locura" (37-38), en donde locura equivale a amor; o en aquellos donde le advierte a su amada: "Hoy el insano amor... / te detiene" (44), atribuyéndole al amor las características de la insania. Más adelante, así que Galo ha pensado en consagrarse al canto o al pastoreo o a la caza para escapar de las calamidades de su pasión, exclama: "¿Como si eso fuera de nuestra locura el remedio, / o ese dios (el amor) aprendiera a ablandarse del mal de los hombre!" (60-61). Y tres versos más abajo: "A él (el amor) nuestros trabajos no puede mudar- lo" (64). De donde concluye que la pasión amorosa, cuyos males agobiantes conoce y padece, es irremediable del todo, sin término, subyugante, y se rinde por fin, admitiendo mal de su grado: "Todo lo vence Amor, y a Amor cedamos nosotros." (69) y renuncia, al admitirlo, a cuanto pueda ser su propia libertad.

En resolución, creo haber demostrado que el amor es visto por Virgilio en las *Bucólicas* como uno de los máximos peligros que afronta el espíritu humano, y es contrapuesto por él esencialmente a la naturaleza. Pero cabría preguntar qué es lo que la naturaleza significa dentro de tal contraposición. La respuesta a esa pregunta, para mí a lo menos, es clara: la naturaleza, en su orden perfecto, es el símbolo de la íntegra libertad y por eso debe ser buscada. Si yo tuviera que escoger un verso de las *Bucólicas* que pudiera servirles de divisa o lema, no tomaría, por cierto, como lo hacen algunos de los autores que cité al principio, el ya tantas veces repetido "Todo lo vence Amor y a Amor cedamos nosotros", sino aquél de la *Egloga I* que encierra una idea mucho más acorde con el espíritu romano, porque expone el mayor de sus grandes ideales; idea, por esto mismo, más adecuada al recto espíritu del Virgilio de Roma: "La libertad, que, aun tardía, volvió al indolente los ojos" (28)